

Gora Mbengue

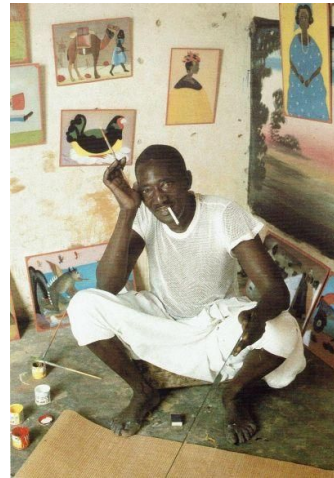
El narrador

En el grupo de artistas que trabajó al final del periodo colonial, Gora Mbengue destaca por la excepcionalidad y extensión temática de su obra; un trabajo creativo personal que se apartó de las rutinas y convenciones propias de la tradición suwerística. Gora nació en el seno de la cultura wolof en 1931 y comenzó a pintar en la ciudad de Kaolack en 1954, para más tarde instalarse en el barrio de Guediawaye en Dakar, donde creó la mayor parte de su obra. Testigo atento de su tiempo y seguidor de la *tariqa* Tidyaniya, plasmó con entusiasmo y pasión toda una serie de personajes y situaciones moralizantes que invitan a asumir una mirada crítica y activa sobre los vicios y problemas del correcto proceder. Aunque los protagonistas de sus cuadros pertenecieran a la memoria colectiva y fueran repetidos en los talleres, Gora inventó múltiples variaciones con composiciones complejas rebosantes de referencias, enriqueciendo y diversificando así la narrativa de estos personajes. En cualquier escena vemos cómo huye del realismo, ya que no pinta lo que ve, pinta lo que conoce de cada personaje.

En un principio abordó temas relacionados con las cofradías religiosas, cuando la demanda del cristal pintado había comenzado a decaer por causa de la asequible oferta de carteles y almanaques, de manera que el grueso de su producción se centró en las posibilidades ilimitadas de la narrativa profana, con una frescura y humor que saltan fuera de la pintura. Nunca partía de un modelo previo, sino que pintaba directamente sobre el cristal sentado en el suelo, sin mesa de trabajo; quienes lo conocieron aseguraron que trabajaba con gran soltura con el soporte sobre la mano izquierda y un cigarro entre los labios, de manera que cada uno de sus cristales es una pieza única. Gora nos transmite una memoria cultural compartida desarrollando un lenguaje simple, sensible y asequible, la expresión de una tradición siempre presente y renovada donde caben los afectos e impulsos vitales de la infancia; reflejando una inocencia que, si bien quedó depositada en el recuerdo, le resulta imprescindible para soportar la alienación que experimenta en el mundo del adulto.

Las características técnicas de sus cuadros son las habituales en la pintura *suwer*: contornos con línea de tinta, desproporción deliberada en razón de la importancia del personaje en la acción, grandes manchas de colores planos, ausencia de perspectiva y volumen, a las que debemos añadir sus particularidades: amplia paleta cromática, fondos trabajados con degradaciones y paisajes, atención al detalle y la anécdota, originalidad en las formas y la organización del espacio, preocupación por la representación del movimiento y evidente desinterés por el perfeccionismo. En cuanto a las particularidades de manifiesto en su amplia temática, podríamos incluir desde retratos de parejas desahogadas, la imaginería devocional, las escenas con narraciones moralizantes, las grotescas desdichas de Al-Demba, los refranes y leyendas, hasta un amplio grupo de carácter meramente decorativo reproduciendo, no la caza mayor, sino los animales que habitualmente comparten el espacio del hombre: gallinas con sus polluelos, corderos, caballos, loros, calaos, son imágenes que emanan de un sentimiento afectivo con el que combina y condensa la paradoja de lo cotidiano, la fantasía del niño y el fervor ante la creación divina.

Salvado el decenio de la renovación en la plástica nacional de los sesenta y tras ciertos problemas familiares, el último periodo de su producción transcurrió en la isla de Gorée, hasta su fallecimiento en 1988. Con el progresivo interés que suscitaba su obra en el mercado del arte occidental, para salvar dificultades la magistrada de la corte suprema Marie-José Crespin le cedió el sótano de su vivienda holandesa, una factoría de esclavos colindante y similar a la abierta al turismo, asumiendo la gestión y salvaguarda de la obra junto a la galerista Bigue Ndoye. El anciano pintor, aquejado de ceguera y graves achaques, pudo gozar del reconocimiento mundial tras la publicación del libro de Renaudeau y Strobel, y la exposición que le dedicó la Unesco en su sede parisina, ambos en 1984, en cuya ocasión también recorrió el Museo de Louvre en compañía del escultor Cesar. Con esta crucial exhibición, diferentes museos y salas del mundo propusieron muestras de su obra en EE.UU, Brasil, Argentina, Luxemburgo, Bélgica, Alemania, Austria, Bangladés y Japón. Siempre rodeado de amantes de las artes que se interesaron por su trabajo, la revalorizada obra de Gora Mbengue abrió la pintura *suwer* al público occidental, mientras en su tierra se convirtió en el autor con el que se midieron los artistas del cristal.



Su figura, por el papel que cumplió como poeta y *griot*, así como por la innegable calidad de su obra, no hizo sino agigantarse tras su muerte, aunque todavía parece pendiente de realizar una retrospectiva y el estudio pormenorizado de su producción. En su papel de presidente del Consejo Científico de la bial Dak'Art, el año 2002 María José Crespin coordinó con Bigue Ndoye y Serigne Ndiaye un homenaje al insigne maestro, con una exposición en la Galería Nacional montada a partir de los fondos conservados por la jueza en Gorée.